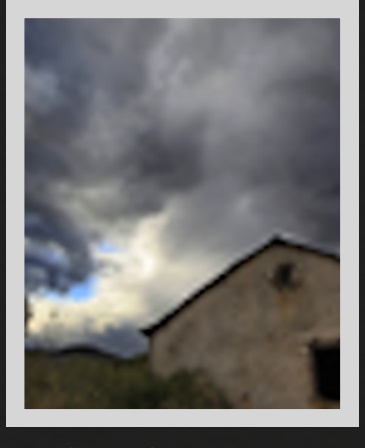


EL OFICIO
DE MIRAR

Robés



Fundación A. Pereira



Contenidos de la exposición



01 Tierra fría
02 Pereyra
03 El almacén
04 Escuchen
05 Oh tú, poeta
06 Portugal
07 Humildad
08 El Casino
09 Burbia
10 Gil y Carrasco
11 Derecho
12 El problema
13 Gente
14 Pudieron...
15 Memorias
16 Tregua
17 Dos zonas
18 Por que lloré
19 Feria del año
20 El coche
21 Dalmira
22 Mala cara
23 solían ser...
24 Es la viña
25 Lo pienso
26 Todo sonaba
27 Te alabo
28 Una vez
29 A mis amigos
30 No hay nada
31 A los ríos
32 Un domingo
33 Las navajas
34 Silencio raro
35 Elegir
36 Calle sombría
37 El capellán
38 Agradezco
39 En el barrio
40 La noche
41 A dos pasos
42 El correo
43 El viajante
44 El pasillo
45 Oh, tú, poeta
46 El puente
47 Madrid
48 Goterones
49 El tren
50 Auto negro
51 La flor
52 Los turistas
53 Ahora caigo
54 La reparación
55 Las erratas

El 'Oficio de mirar' es una exposición creada para la Fundación Antonio Pereira en la que el fotógrafo y artista visual Robés recrea el 'universo Pereira', su obra, sus cuentos, sus lugares. Una puesta en escena de la obra del desaparecido poeta, creada por Robés, amigo del poeta. De este modo, la Fundación Antonio Pereira, que custodia y divulga la obra del poeta, ha delegado en la mirada de Robés la interpretación plástica de la figura y obra del poeta. La muestra consta de 55 obras fotográficas ligadas a 55 fragmentos literarios de Pereira.

El orden de las fotografías es el del recorrido original por la exposición

Tierra fría, pero hermosa

Soy de una tierra fría pero hermosa.
Aquí la nieve, la esperanza helada de
que se alumbre cada madrugada
el destino difícil de la rosa



Pereyra



Los Pereira (o Pereyra), que salen en las enciclopedias heráldicas se nos hacen algo molestos a quienes somos sus parientes de la rama pobre, y es por lo tacaños y esa manera que tienen de saludar, como si diesen los buenos días desde encima de la montura. Ellos descienden



derechamente de D. Gonzalo Pereira, pero poco se parecen al antepasado, dadivoso. Lo escribió Pedro de Bracelos: que teniendo el Don Gonzalo 32 caballos, en un solo día regaló todos a distintas personas. La cosa huele a invención y adorno. Pero sigue la Crónica con que en ese mismo día los volvió a comprar D. Gonzalo, aquellos 32 caballos, para así poder regalarlos a otras tantas personas de su estima, y entonces el caso se hace creíble, porque a los bebedores del anochecer nos resulta más fácil aceptar lo enorme que lo mediano

Yo había estado en el almacén



Yo había estado en el almacén con mi amigo. Era emocionante. Las cajas guardaban los productos, todavía inertes, que en el cielo se convertían en fuego y luz y movimiento. El propio Polín se dedicaría un día a ese ramo que pasaba de padres a hijos, y con misterio, como si la pirotecnia fuese una religión secreta. El almacén tenía cerradura y candado con calavera y la palabra "¡Peligro"! De verdad que era emocionante, el gusto de estar y al mismo tiempo se te pusiera la carne de gallina

Escuchen, por favor, estos versos:



Lagrimitas de mujer,
Perlas de mi corazón,
que venís a entristecer
las delicias del amor.

Pueden sonreír, pero háganlo con piedad. El poeta tenía nueve, quizá diez años, vivía y soñaba -mucho, lo de soñar despierto- en una pequeña ciudad del interior, sin tranvías ni puerto marítimo, y la niña era de Bilbao. Son, absolutamente, los cuatro primeros versos que escribí, y no sé por qué se los oculté a entrevistadores y profesores que bastante hacían con preguntarme. Quizá mi nula simpatía por la precocidad.

Oh!, tu, poeta prodigo,



Oh!, tu, poeta prodigo,
malgastador de lo que solo es tuyo
durante un breve relajo de los dioses.

En los veranos me llevaban a Portugal



En los veranos me llevaban a Portugal. Era hermoso marchar al extranjero, cruzar una frontera. Se decía que si un perseguido por la justicia alcanzaba la raya y llegaba a poner un pie en la otra parte, aunque fuera un solo pie, ni rey ni papa podrían meterlo preso.

Era tanta la humildad de esta religiosa



Era tanta la humildad de esta religiosa, fundadora del convento de la Anunciada, que únicamente aceptó la pintura de su efigie por filial obediencia al señor marqués, pero a condición de que se la representase como a santa Clara con una custodia en la mano, para que cuando el cuadro fuese contemplado por las gentes, acudiesen las miradas y la devoción hacia el Santísimo Sacramento y no hacia su modestísima persona.



-Fíjate- me devolvió Elena el cuaderno. Donde ahora me daba por ensayar una crónica histórica, lo tuvo días en casa-, cuántos superlativos. Y ese tono algo siervo: señor marqués. Escribe libre y sincero, como en los versos

En la mesa de mármol del casino



En la mesa de mármol del casino estaba el ABC memorioso y decía, doña Helena de Fiore de Luna de Pérez de la Plana, condesa de la Plana y de Santarcángelo, falleció en accidente en La Spezia (Italia) el día 31 de mayo de 1986. Hay una cruz, hay una esquela honrosa, sus padres excelentísimos, sus ilustrísimos hermanos.

La condesa Helena contaba diecinueve años de edad y era imposible no ver una verja de hierro entornada, una fuente en un parque, el cuello de una estatua.

... la calle, entre el rumor del Burbia



... la calle, entre el rumor del Burbia y los aires del Valcarce, tiene su vida y su historia civil. Aun sabiendo el riesgo de la omisión cuando se entra en el juego de las enumeraciones, está la abacería de Pepe el de Irene (anticipación para feministas: nunca se dijo Irene la de Pepe), el albardero, el herrador del ganado y el herrero de varios primores.
A la calle de mi nacencia y de mi infancia caen las ventanas enharinadas del horno de Emilio. Taller de calderería y alfarería Joaquín González Beberide, no se deje sorprender, dicen los anuncios; y se cuentan dos ferreterías: la del señor Pepín y la de Don Ovidio, que este tiene don por

el título de veterinaria. Mestre, el abuelo del poeta, corta y cose y enseña el arte sartorial a pulidos mozos del circundo, silenciosos como el propio maestro, que acaban imitándole en el peinado hacia atrás y en todo. El estanco de Doña Josefa, o sea doña Josefa la del estanco. Pérez el mayoreo de vinos y frutos del país.

Don Enrique Gil y Carrasco (1815–1846)



Dicen las historias de la literatura, recitó estrofas sentidísimas en el sepelio de su amigo y protector Espronceda:

Y yo te canto, pájaro perdido
yo a quien tu amor con sus potentes alas
sacó de las tinieblas del desierto….

Pero en un aeropuerto internacional no hay más ruido, ningún contrapunto de pájaros en los cipreses y, además, ahora no se trataba de un adiós sino de lo contrario, un reencuentro. El poeta grande y desdichado volvía a su patria al cabo de siglo y medio, testigo eras, al menos, y esta gloria no va a quitártela nadie.

A vueltas con mi Derecho



A vueltas con mi Derecho que estudiaba por obligación, a vueltas por devoción con mis literaturas, el negocio familiar me degradaba como tengo dicho, aunque le reconozco nobleza y varonía al hierro (en tejidos hubiera sido peor), y de toda la ferretería casi llegaba a gustarme aquel añadido que era el depósito de la dinamita.

Ahora el problema es mío



Ahora el problema es mío. Cuando uno se pone a contar una historia, debe saber cómo terminarla.

Del pulmón enfermaba bastante gente



Del pulmón enfermaba bastante gente, pero lo encubrían con eufemismos. Lo que más de oía decir, 'Fulanito está de la pleura'.
Yo volví del especialista y de cara dije que tuberculoso, sonaba a provocación y es que me alentaba el compañerismo de Chopin, de Gil y Carrasco, de don Santiago Ramón y Cajal y de cantidad



de novelistas rusos, todos de la misma cuerda. También decidí labrarme una nueva imagen, acentuar el aura de melancolía. Nunca tuve tanto éxito con las mujeres.

Todas las que pudieron haber sido y no fueron,



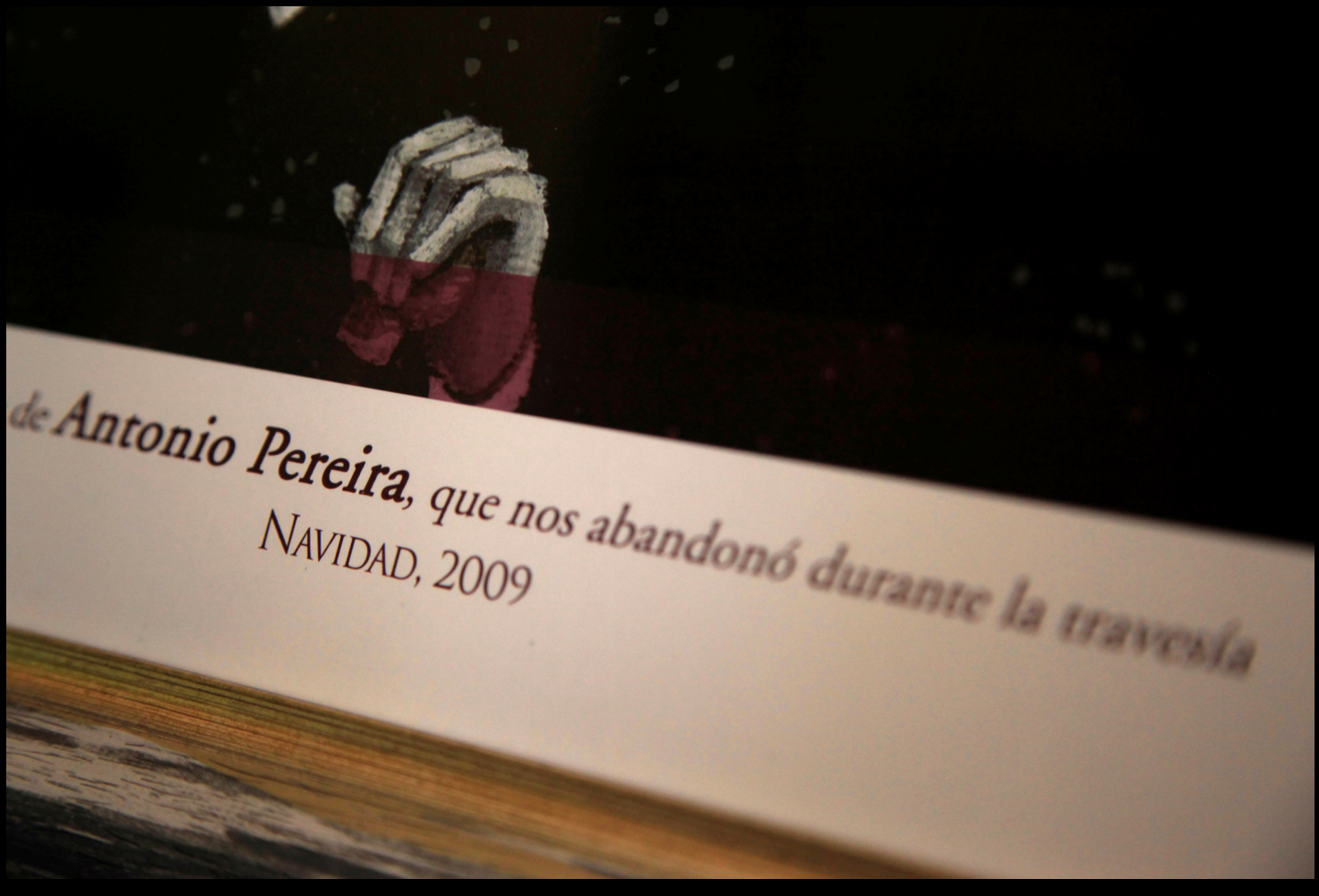
Todas las que pudieron haber sido y no fueron,
las que aún tendrán que ser solo una letanía,
poema inacabado, porque nunca se ha escrito
de esta mano oración que más rehúya.
Punto final, los suspensivos sí…

Aunque no estoy redactando unas memorias



Aunque no estoy redactando unas memorias, sino unas confidencias desparramadas, me pongo a remover el alma más que la cabeza y ahí está como primer nombre de una larga lista el nombre de don Demetrio Monteserín.
Don Deme era un personaje…

Tregua de Dios: invierno.



Tregua de Dios: invierno. Por las tejas
pasan los días y las noches. Pasan
los sueños en el humo…
No pasa nada.

En la ciudad hay dos zonas



En la ciudad hay dos zonas separadas por el río y la mía era la más populista y menestral, aunque en ella se contaran algunas excepciones de fuste. Por ejemplo, la residencia del autor de “Flores del Bierzo lozanas y mustias”, un “bestseller”. También en nuestro barrio, que llaman el Otro Lado, y más intencionadamente La Cábila, tenían su casa solar dos miembros del alto clero, uno era por lo menos prelado doméstico y el otro casaba y descasaba en el Santo tribunal de la Rota

Ahora voy a decirte



Ahora voy a decirte por qué lloré aquel día
aunque qué no sabrás tú de mis ojos.

Pasada la feria de año

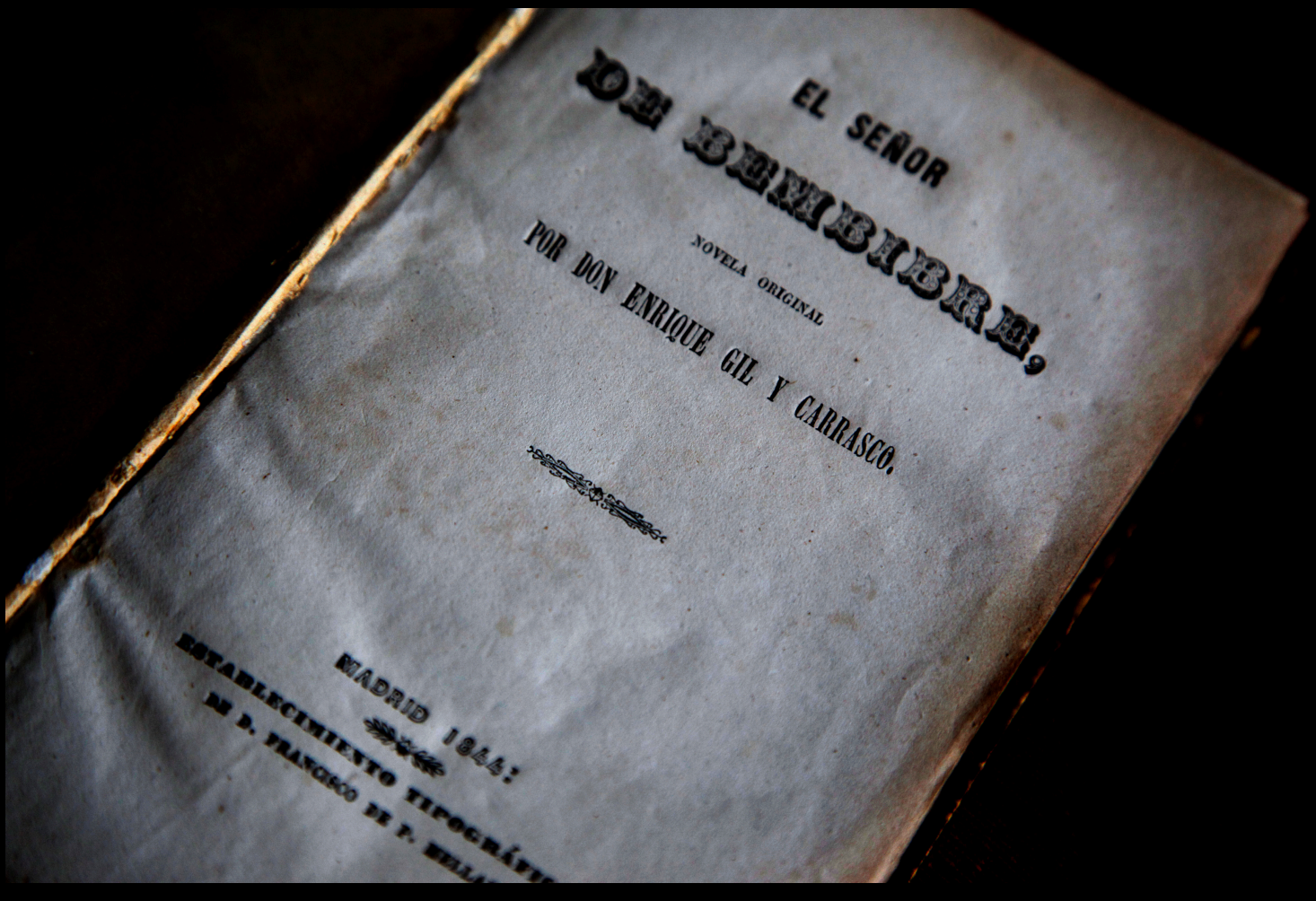


Pasada la feria de año, a nadie se le daba por ir el domingo a Cacabelos. La solución era la bicicleta, pero yo no tenía bicicleta y los colegas que la tenían esquivaron el compromiso. Siempre se me ocurrieron las soluciones menos simples, siempre las más barrocas.

Por ejemplo, esta de pedirle prestada su bici al coadjutor de la colegiata,

‘Ya sabes que no lleva barra' -me previno el del taller de ese ramo-, las bicicletas de eclesiástico son como las de las chicas, sólo que más fuertes.

Nunca habías viajado en un coche



Nunca habías viajado en un coche de representación aunque más te habría gustado, escríbelo, hacerlo por el corazón de la Europa en una diligencia capitoné y en tus manos los versos de Hugo o de Lamartine si no era con el olor a tus propios paisajes en las páginas de El señor de Bembibre, algo desvaídas en edición princeps que atesoras, Madrid 1844, Establecimiento Tipográfico de don Francisco de Paula Mellado

Dalmira aprendía de día en día



Dalmira aprendía de día en día. Lo miraba todo. Callaba mucho. Nos conocimos al empezar el otoño y en Navidad la llevé a lo de

Alforjas para la poesía. Pero cuando la vi soltarse como un pájaro que empieza a volar fue la noche de fin de año. Aquella noche anduvimos alternando por medio Madrid, el mundo parecía una bola dorada y no pensábamos que había gente callada y presos en las cárceles, tocaron el himno, mis amigos bohemios besaban a Dalmira con eso del cotillón. Yo no era celoso. A mí me gustaba que la admirasen, pero cuando amaneció y apagaron los focos de la Puerta

Mala cara barbada



Mala cara barbada me tenía don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca del Bierzo, duque de Fernandina, príncipe de Montalván, de los consejos de estado y guerra, no se crea que estime yo en mucho esta memoria desigual que acarrea datos inútiles y me aleja a veces de mi propio nombre, embajador del rey don Felipe que Dios guarde, capitán general de la escuadra y galeras del reino de Nápoles.

Solían ser asuntos editoriales o del cine



Solían ser asuntos editoriales o del cine, en la casa me habían encargado aquella función y yo la cumplía sin soltar prenda sobre el suceso, habría que ver el revuelo en el Café Gijón si llegase hasta allí la noticia. En las tardes madrileñas el escritor era temido por lo ingenioso y punzante, pero tampoco era manco el contertulio que un día lo apostilló:
'*¿Jesús?, Jesús Fernández Santos es el que mejor habla mal de sus amigos*'.

Es la viña



Es la viña la que me viene trayendo de cabeza para contentarlos en el reparto, el que de todo el capital sea eso, precisamente eso lo que encandila a los parientes del muerto. Total cuatro cepas con la cabaña y el pozo, en un paisaje, esto sí, que es una gloria para la mirada.

Lo pienso y me veo de tres años



Lo pienso y me veo de tres años, vestido de monaguillo, en el escenario del teatrillo del colegio de la Divina Pastora y la gente aplaude y me tira caramelos (…). Las monjas que me enseñaron a silabear, luego a leer y a hacer palotes, también a cantar cancioncillas algo tontas, atendían en el mismo edificio a lo que era hospital de Caridad

Todo sonaba en la tienda



Todo sonaba en la tienda
enemiga del silencio:
los clavos sobre el platillo
de la balanza cayendo
y el choque de las caderas
redondas de los pucheros

Te alabo, breve tren irrelevante



Te alabo, breve tren irrelevante
pequeño tren, formado como tantos
hombres con vocación a la modestia,
y canto tu belleza subsidiaria.

Una vez al mes



Una vez al mes, como quien cumple un trámite, Cañibano, que no tenía mujer a quien rendir cuentas, iba a Madrid a lo que ya se sabe. Paraba en una pensión de la Gran vía, iba a la revista, se compraba una corbata y terminaba ocupándose con una chica. Le gustaban las bien habladas, y concedía gran importancia al lugar para sus encuentros íntimos.

Manolito no reparaba en el dinero:

-¡Lo más mejor!

-Quedará usted satisfecho, señorito. Y que aproveche.

A mis amigos de la radio



A mis amigos de la radio los envidio- innoblemente- porque saben darse postín, desde el director del “espacio” hasta al seleccionador de los discos y el controlador del control y el que va al frente de la unidad móvil (…).
“¡Sí, Celestino Benavides del Olmo!” –como si el mundo estuviera pendiente de sus exhibiciones onomásticas.

No hay nada más cansado



No hay nada más cansado que el rostro de
un domingo si son las cinco de la tarde y llueve,
no hay recuerdo más triste que el de los soportales
y la humedad calando la suela del zapato.
Pero a veces con sol y en día de diario,
mas veces cada vez, casi todas las veces,
la fatiga del mundo hace eternas las horas.

A los ríos pequeños



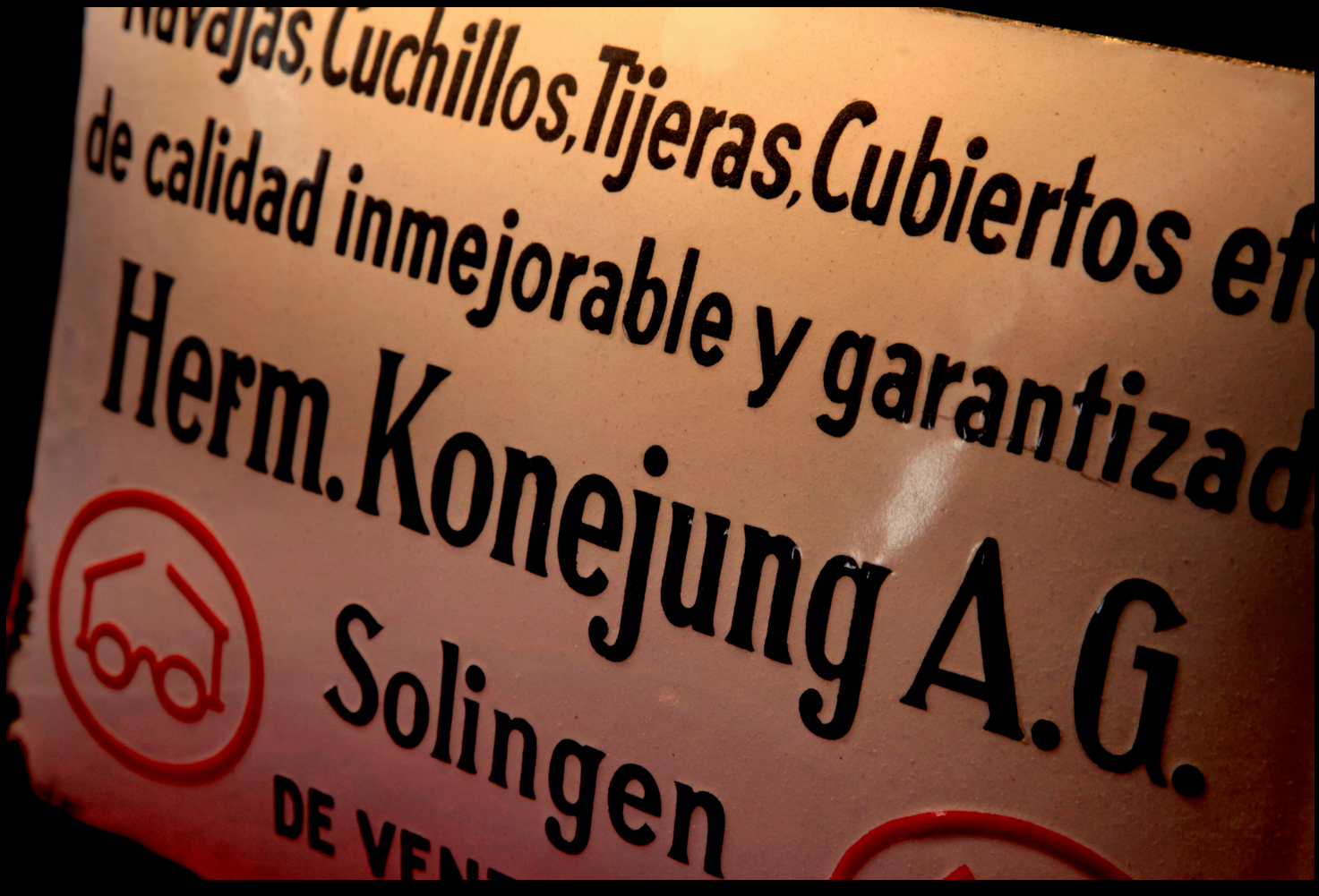
A los ríos pequeños, sin historia,
les quiero preguntar.
A los ojos de luz superficiales,
a las manos amigas de estrechar

Un domingo de invierno



Un domingo de invierno me quedé solo en casa, contento de que nadie me estorbara para cubrir con lápices de colores los mapas mudos que nos habían dado en el colegio

Las navajas son alemanas



-Las navajas son alemanas, como ella- decía el viejo Martín, que solía estar de tertulia en la tienda-, no hay en el mundo herramientas de corte como las de allí.

-De Solingen, serán- decía el soltero de la ferretería-, de la fábrica Konejung.

La barbera estaba a lo suyo. Y es verdad que la navaja era su instrumento de solista; ella prefería entre las navajas la más



grande, larga, de hoja resplandeciente y veloz. Y tanto como el propio concierto del afeitado valía el prólogo de la afinación, aquel gesto terco y reflexivo de suavizar el hacer en la correa extendida.

Cayó un silencio raro



Cayó un silencio raro y sin motivo. La noche es larga. A veces desfallece y deja estos huecos de humo y de misterio que los hombres llenan con más humo. Los cigarros -otra vez- fueron liados, encendidos, chupados con parsimonia. Era, sí, un silencio extraño y sin causa conocida. Para estar juntos se aliaban los hombres en la noche; pero, si ésta se quebraba unos instantes, cada cual sentía entonces, más agrio que nunca, el sabor de la soledad.



No se puede elegir sin descubrirse



No se puede elegir sin descubrirse.
Cuando te dije salte de entre todas
firmé en cristales mi declaración.
(...)
He ido a plena luz a separarte.
He quemado las naves y en ti misma
canta lo que yo soy...

En esta calle sombría



En esta calle sombría que ahora es mi cepo, queda poca vida, tabernas oscuras, el asilo. Cuentan que fue hollada por miles de peregrinos que caminan hacia poniente en busca de la sepultura de un santo, la calle es rica en leyendas pero aborrezco sus muros de lisura donde vanamente busco un saliente a donde llevar un último intento. Sí, los vencejos en el suelo somos pájaros desgraciados

Desayuné con el capellán



Desayuné con el capellán, por el torno nos pasaron café con mucha azúcar y bollos. El capellán se fue a sus habitaciones medio secretas y yo marchaba a mis cosas cuando vi abierto el portón que da a la huerta. Una clausura que se mitiga tan solo para determinadas labores o el paso de carros.
Asomé el morro y había un obrero con un sacho en la mano, velozmente se echó hacia abajo el sombrero de paja pero yo le vi la mirada. Me callé para siempre

Y aunque te agradezco



Y aunque te agradezco no haberme hecho cirujano
ni conductor del autobús escolar
te pido que un ratito te quedes responsable
que aguantes todo esto mientras voy a un recado
y cualquier día no vuelvo.

En el barrio no teníamos más



En el barrio no teníamos más cosa oficial que la Cárcel del Partido, un caserón nada imponente, con un portón maltrecho y unas ventanas con rejas ferrugientas.

La noche está rozando los cristales



La noche está rozando los cristales
como un lobo de cuento para niños,
No le abriré. Quede la noche fuera,
con sus pálidos brazos ateridos.

Me dicen que a dos pasos



Me dicen que a dos pasos de la reja
Sor Jesusa descansa para siempre.
Dentro de la clausura ningún sitio
hay más cerca del pueblo.

El correo que venía de Madrid



El correo que venía de Madrid pasaba por Toral al mediodía. El exprés pasaba de madrugada, no eran horas para una muchacha, sólo alguna noche de verano lo pudo ver y era un tren misterioso y dormido cargado de muertos.

Dos o tres años estuvo viniendo



Dos o tres años estuvo viniendo un viajante distinto. Era joven, mis hermanas decían que guapo, quizá padecía del hígado por que en el blanco de sus ojos triste y hermosos le habían notado ellas un matiz amarillo.
Estarían enamorándose del chico. Lo raro del viajante joven, no recuerdo su nombre, es que no insistía ni apremiaba y eso que solo pasaba dos visitas al año. No hablaba de su familia ni enseñaba fotografías

El pasillo olía a quieto



El pasillo olía a quieto y limpio. Las puertas todas aparecían alineadas y obedientes como las celdas de un convento, y así seguirían hasta que el atardecer volcara su nuevo cargamento de viajeros. A mitad del pasillo me di la vuelta por comprobar una vez más las luces y los grifos del agua,



exactamente como si estuviera en mi propia casa. Las luces estaban apagadas y los grifos cerrados, de sobra lo sabía yo. Y otra vez silbaba dejando mi cuarto, no sé qué musiquilla, como dueño feliz y único de aquel mundo

oh tu poeta prodigo (II)



Oh, tú, poeta pródigo,
malgastador de lo que solo es tuyo
durante un breve relajo de los dioses.

Todas las mañanas yo cruzaba el puente



Todas las mañanas yo cruzaba el puente divisorio con los libros debajo del brazo, sin cartera un plumier, bajaba la cuesta angosta que en el siglo pasado liberaron de

esquinazos para que pasara el carruaje de Doña Isabel II, y ya estaba en la calle del Agua, sombría, con casonas y palacios abrumados de escudos. Los Toledo, los Osorio, los Pimentel. Allí me esperaba el colegio de Don Manolo el cura.

Madrid es horrible



Madrid es horrible, una ciudad donde todos desayunamos en las cafeterías pisando papeles sin barrer y hablando muy alto, pero el relator que tenía a mi lado en la soledad agreste seguía el tío en ese Madrid, moviéndose en el Madrid de todo el año por el Círculo y el Gijón donde a mí me habrían olvidado los camareros, y asistía a no sé qué comidas de los marcianos en la Quinta del Sordo, había



viernes en que se sentaba a la larga mesa amical de una tertulia que llaman Contra Aquello y Esto, y la Peña Chicote, y los Amigos de Julio Camba, todo en la capital más ensordecedora y desordenada de Europa, en la más animada y conviviente y difícil de olvidar…

Empezaban a caer unos goterones



Empezaban a caer unos goterones de nube de primavera y pude apretar el paso, luego eché una



carrera descarada, las escaleras de casa las subí sin aliento y me sorprendió como un insulto la normalidad familiar.

De pronto el tren



De pronto el tren
más cerca,
paralelo.
Yo por la carretera con mi mundo.
El tren rodando su refrán del hierro

Una vez llegó a la ciudad un auto negro



Una vez llegó a la ciudad un auto negro
que llevaba delante una bandera negra
…
Luego arrancaron hombres a la lista del lunes
y les daban a labio ese cigarro último
que se enciende en el auto de unas bodas oscuras.

Cuando estaba en la flor de la edad



Cuando estaba en la flor de la edad yo entraba en los salones de baile y se empañaban mis lentes. Ahora veo perfecta la desolación de las estatuas.



Si los turistas son de buen porte



Si los turistas son de buen porte llega don Faustino el párroco en la moto y los atiende. Empieza por la Virgen gótica de la puerta, se enrolla en la historia del primer marqués, que se le apareció la Virgen en una batalla. En la colegiata había canónigos y las mitras eran de oro, quién te ha visto y quién te ve. Los turistas, cuanto más de lejos vienen, mejor se creen las cosas. Este menda tiene que ir



con las llaves oyendo siempre la misma música, que si el estilo de las columnas, que si los estribos y las impostas y el aparejo de sillería. Pero lo más importante que tenemos, es él, está tallado en el púlpito y parece como si fuera a comerse a los feligreses.

Ahora caigo



Ahora caigo en que eso de los nacionalismos no es de ahora; en la Cábila nos dio la misma ventolera, y empezó porque las grandes procesiones se nos negaban, no cruzaban el puente. La Semana Santa, toda para los otros. Algunos pasos podían verse desde la barandilla del viaducto, pero no pasaban la aduana ideal del puente. El Cristo bajaba la cuesta de la Abuela, abierto de brazos, mirando a nuestro barrio, pero al llegar al cruce de la Portaje le daban un giro



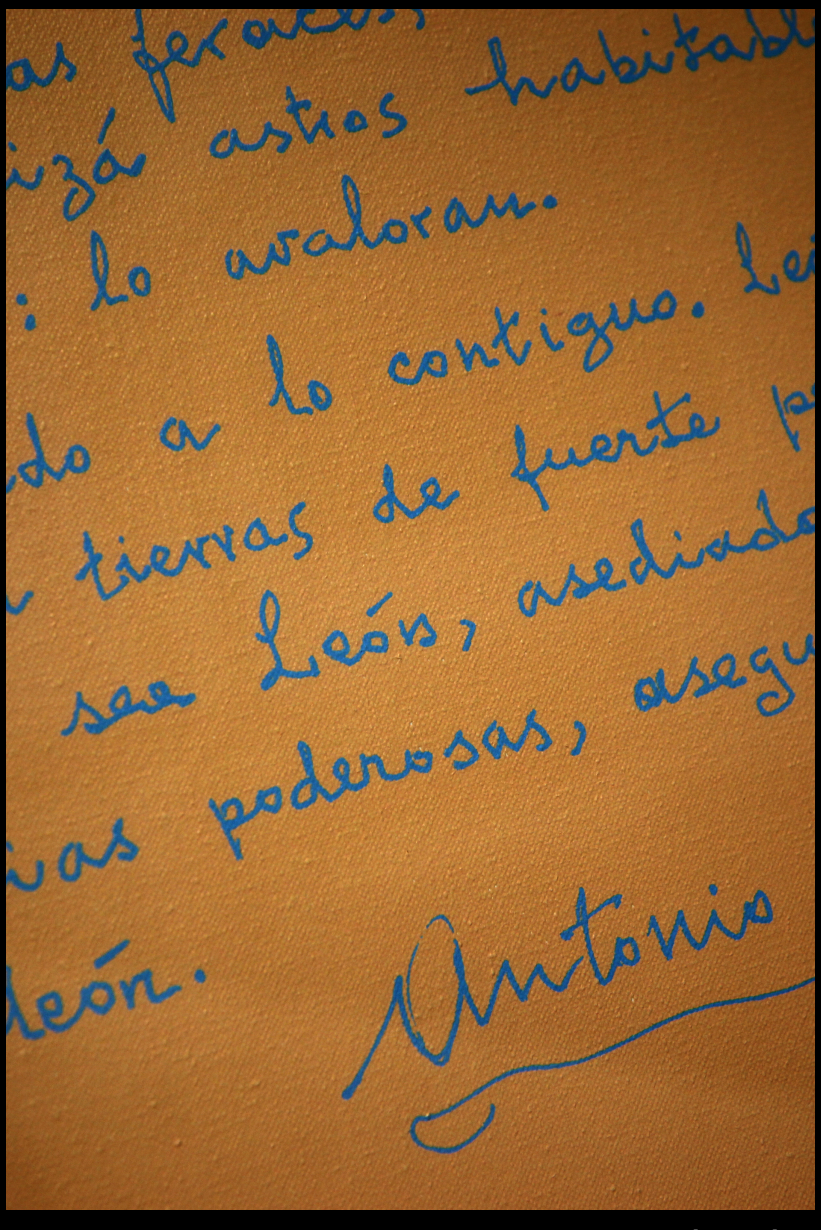
de 90° y todo para los balcones de la Vieja Historia.

Fui obligado a la reparación inmediata



Fui obligado a la reparación inmediata, y esa última parte la cumplí llorando de rabia. Pero ahora me alegro al contarlo, me alegro de haber ido con una lámpara Osram de 110 voltios, 25 watios, rosca Edison, cuesta arriba por los Tejedores, a las once de la noche de un domingo de invierno de mil novecientos treinta y tantos.

Esto de las erratas pasa, sigue pasando



Esto de las erratas pasa, sigue pasando, hasta en las mejores familias. (…) Tampoco, en fin, soy poeta tan memorable como para abrumar a nadie con el peso terrible de la maldición. “Malditos los que en el futuro hagan de mi obra unos libros feos, sucios- avisaba Juan Ramón Jiménez-; los que no respeten mi orden y mi selección, los que los alteren en una coma…”